

Félix Armando Núñez

Aromos del Cerro



ENTRE nieblas o gasas de lloviznas o velos temblorosos de lluvia, cenicientos los cielos, impías las escarchas o el viento hecho furor entre pinos sombríos o esqueletos de ramas, yerguen como un ensueño de oros y de llamas sus copas delirantes los aromos en flor.

La tierra desfallece en invernal congoja, sin sonrisas del cielo sin esmeraldas de hoja, más que en un pobre arbusto o un árbol funeral, pero el aroma enhiesto, ancha la fronda espera para entregar al mundo su suave primavera esta hora de plomo, angustiosa y letal.

Cuando el cielo obscurece hasta el pavor su manto y hay en nuestras pupilas como un sopor de llanto por el paisaje muerto o lo que hace soñar las frondas del aroma fingen a la mirada errante, una nevada de ensueño, una nevada en copos de oro viejo o rubia luz solar.



Y cuando ya caída la noche, el peregrino que vuelve distraídos los ojos al camino, advierte en los ramajes un súbito esplendor cual de topacios, piensa que el ocaso persiste en un reguero fúlgido, anaranjado y triste sobre el pinar inmenso de sombrío verdor.

Pródigo aroma, Cristo del paisaje doliente, yo recojo en el suave milagro de tu ambiente una lección suprema de amor y de quietud; dices que hay que ser fuertes para llenar de flores, de sueños, de esperanzas, la hora de los dolores y cantar una copla de eterna juventud.

Y en una onda vaga de suavísimo aroma al sol vago que enciende en lo alto tu fervor me dices ¡oh milagro de tu inefable idioma! que nunca es demasiado tarde para el amor.